

RAFAEL GUMUCIO

Milagro en Haití



LITERATURA RANDOM HOUSE

Milagro en Haití

RAFAEL GUMUCIO

www.megustaleerebooks.com

Para Carlota

Negra como el carbón, más negra que todos los negros juntos, piensa Carmen Prado mirando de reojo la sombra que la vigila. Ahí sentada, a un metro de su cama, la silueta oscura que le tapa la ventana, hedionda a aceite, cebolla, sudor y pescado. ¿Quién es? ¿De dónde vino? ¿Por qué está aquí? No es nadie que ella recuerde, nadie que exista, ni animal ni mineral, o quizás es las dos cosas al mismo tiempo, un pedazo negro de noche condensada que la conoce mejor que ella misma, un paño blanco enrollado sobre la cabeza, los ojos amarillos de gallina o de pantera apuntando en diagonal hacia el suelo para no mirarla directamente.

—Está bien...

Acepta la protección de la mole tranquila que la cuida.

—Está bien...

Lejos, estoy lejos, no es mi casa esta, no, no es mi casa. Pero qué importa, está bien, vuelve a aceptar para sus adentros, segura de que está todo en armonía, perfectamente regulado, segura de que puede dormir ahora, de que tiene que dormir, de que es lo único que puede hacer, dormir, seguir durmiendo, dormir sin peso, sin medida, hasta llegar al fondo de algo frío, una caverna, una cueva llena de siluetas, de sombras, el primer día de la humanidad.

La fiebre la suelta dos horas después. Intenta algo más esa mañana: mover las manos, levantar el pecho, alzar la vista hacia la ventana abierta, contemplar los colores, la multitud que baja de los cerros. Haití, recuerda cuando se da cuenta de que son negros los que llenan la calle sin vereda que se ve desde su ventana. Un día tranquilo, una luz feliz, la gente que sonríe llevando frutas, ollas, latas de colores sobre la cabeza.

Las sábanas frías y tirantes sobre el cuerpo sin fuerzas, su

brazo conectado a una sonda que cuelga como un pájaro muerto de una percha de metal. Los muros verdosos de la clínica particular donde la encerraron, el rumor de las voces en la calle, el calor que la aplasta sin piedad, todo le recuerda que no puede moverse mucho, que no está en su casa, ni en su país, ni en su cuerpo siquiera.

¿Dónde estoy? Repetir Haití no le basta para calmarse. Como un sueño que no sueña ella, como una vida que no se parece en nada a su vida, está en Haití.

¿Cómo llegó aquí? ¿Quién la trajo? ¿Hace cuánto tiempo? Se acuerda y no se acuerda, no quiere recordar, recapitular, nada.

La fiebre, el calor, el frío, Chile como un refugio, ese infierno como un refugio. Infierno es mucho decir, le da para purgatorio, para limbo con suerte.

Da vueltas en la cama en posición cada vez más fetal, repitiendo para sus adentros «Chile, Chile, Chile...».

La estatua de una diosa cruel en medio de un jardín vacío, una calavera y dos tibias cruzadas en el plinto. Las enfermeras, los enfermos del hospital... ¿Hospital del Salvador?, adivina, los parientes dándose ánimos sobre un banco derruido, las sillas de ruedas brillando al sol, unas enfermeras comparando sus medias, la bodega donde se pudren las herramientas del jardinero que se viola a dos enfermos mentales, va a salir en el diario en cualquier momento, va a ser un escándalo. Archivos, papeleos, director, subdirector, jefe de servicios. No poder impedirlo, no poder hacer nada alegre profundamente a Carmen Prado. Todo ese patio verde de musgo y de espera queda condensado en un solo cristal intocable y perfecto, como sellado por sus ojos.

Qué frío hace a primera hora de la mañana. Primera hora de la mañana, qué bonito suena eso, y qué raro, «primera hora de la mañana». El lujo de hablar castellano para sí misma, la libertad infinita de ese idioma en que nadie la ve. La ollas llenas de agua de lluvia, el humo que hierve, el olor a mantas sucias, paredes desnudas, maderas usadas, los empleados riendo sin dientes en las entrañas del barco que

era su casa, la galera y sus remadores, las máquinas sudando por la esquina de los muros. ¿Yo dónde? ¿Yo qué?

Se despierta de nuevo. No está segura de haberse quedado totalmente dormida. No sabe, no quiere distinguir un estado de otro. Tiene sed, ganas infinitas de rascarse la espalda. No logra hacer nada. No tiene brazos, no tiene fuerzas, no tiene ganas de nada, le duele todo; no le importa, se hunde entre los tubos, los cables, los puntos que le tironean la piel. Cabreada, castigada bajo ese cubrecama demasiado pesado para ella, Carmen Prado tiene sueño de nuevo, quiere dormir. Le sorprende ser capaz de eso, de decir «quiero dormir» y dormir así nomás, como una piedra al fondo del río, a cien mil metros bajo el nivel del mar, braceando más al fondo, entre el coral rojo y las palmeras submarinas bamboleándose al ritmo de la corriente, la sensación rara de no poder, de no querer respirar, de quedarse en medio de la corriente para siempre.

Nadie me ve.

Nadie me ve, repite para consolarse. Nadie la mira mientras se aleja, más arriba, más atrás en la corriente contra la que flota, se hunde, sube, no tiene cómo volver, la arrastran, se deja ir. El borde de la piscina de la casa de Sao Paulo, los mosaicos rotos en pleno verano, el agua estancada, los mosquitos, las amebas, el óxido, el meado al aire libre de los niños mal enseñados, donde se incubaba el cólera que va a matar a media ciudad la próxima semana.

«¿Ve el futuro, señora Carmen?», le pregunta un joven periodista de los años treinta, con sombrero y libreta de taquígrafía.

«No», responde Carmen Prado.

«¿Ve el pasado entonces?»

No seas tonto, niño. Veo las cosas como son. Ni más ni menos, las cosas como realmente son, las cosas como son, las cosas como son, repite Carmen Prado orgullosa de imponerse sobre el caballero de la Orden de Malta en que se

convirtió de pronto el joven periodista, que ahora tiene, además de sombrero, una medalla en el pecho con la cruz de los cojos que hay en los estacionamientos de los supermercados.

No hay cojo bueno.

«Lisiados, mijita, no se dice cojos, se dice lisiados, no hay lisiado bueno», le obligaba a decir su tía Momo. ¿Pero es peor decir lisiada que coja, tía? Buena, santa, mala, minusválida, inválida o como se diga, la tía que llena un puzle con sus dedos agarrotados de corticoides. Sola en el patio de la calle Manuel Montt, con todas las grúas y los bulldozers de la ciudad construyendo torres de veinte pisos alrededor de ella, y los duraznos, los gomeros, los balones de gas, la pandereta sucia del polvo que levantan las construcciones cuyo estruendo la tía Momo, en su silla de ruedas, logra no escuchar.

Sueños sí, recuerdos no, se ordena Carmen Prado.

Sueños sí, recuerdos no, la nostalgia es de maricones. La ternura es mentira. Yo no soy buena, yo no soy mala, soy de piedra, veo todo solo porque no elijo lo que puedo o no ver. Siente que si se apiada, si se arrepiente, si habla con los muertos, no va a volver con los vivos. Sabe que su vida depende de eso, de no decir los nombres de los muertos, de no saber lo que sabe de memoria, de flotar un poco por encima de la escena que no la toca, de que no la vean nadar, nadar, dormir, se ordena cuando por encima del oleaje flota la luz en los ojos, el ruido de la calle nuevamente en sus oídos, el tiempo continuo de allá afuera. El barco atraviesa las olas, baja con ellas hasta el fondo de la espuma, craquelean sus maderas. Matan a un cerdo recién nacido en el último patio de la residencia, doblan en dos un colchón podrido sobre los resortes de una cama, desinfectan todo, la Márgara agarra a las diminutas polillas entre los dedos y las mata.

—Es Rita —dice Niels, su marido danés. ¿Por qué danés,

por qué tan joven, por qué tan serio? Ni un saludo, ni una palabra. Como si tuviera miedo de contagiarse, el marido le lanza sobre la sábana blanca una enorme cucaracha negra.

¿Qué es eso? Qué asco. Es el teléfono del que habla este imbécil, adivina. El tubo pegado a una enorme caja metálica que la Elodie sostiene para que no se le despegue del oído.

Un chirrido, la conexión que se pierde y vuelve.

—¿Mamá? ¿Eres tú, mamá? ¿Me escuchas? Estás loca, mamá, estás completamente loca... ¡Ya, pues, contesta!

Carmen Prado trata de sacar la voz desde esa estrecha jaula de pájaros que tiene en el pecho. No sale nada. Un chillido de ratón, un llanto de conejo, menos que eso, un pujido que la deja sin aliento al borde de la cama.

—Estás loca, mamá, tiene razón la Carmen Luz. ¿Operarte allá, mamá? ¿Justo en Haití, el país más pobre del planeta? ¿Tú no ves la tele, mamá? ¡Matan gente todo el día en Haití! ¡Cuelgan gente de los postes! Ahora mismo están matando gente delante de tus narices...

Son mentiras, Rita, son huevadas de los gringos, va a decirle, y no puede más que carraspear, ahogada como una tortuga fuera de su caparazón.

—Miami queda ahí al lado, mamá. Todo el mundo en Haití va a operarse a Miami, te apuesto. O a Cuba, si no te gustan los gringos. O a Chile, o a Suecia o a Dinamarca, de donde es este huevón de tu marido, da lo mismo, en cualquier parte menos Haití... ¿Estás ahí, mamá? ¿Me estás escuchando? —Rita se extraña del silencio de su madre, que solo alcanza a toser lo suficiente para apiadar a Niels, que le quita de las manos el teléfono satelital para responder él en su castellano monosilábico las dudas de Rita al otro lado del mundo.

No es así, no entiende nada este gringo, gesticula luego sin conseguir nada Carmen Prado.

—Tranquila, madame, tranquila, no trate más. Cálmesese —dice la cocinera coronando su frente con un trapo húmedo del que tampoco puede defenderse. Sin voz, sin fuer-

zas, sin saber del todo Carmen Prado qué hace la metete de la Elodie aquí. Es cocinera, no enfermera la Elodie. Tenía unas enfermeras regias la clínica esta, negras como de concurso de belleza. Silencio absoluto en los pasillos, en las escaleras, en toda la clínica. ¿Adónde se fueron todas? ¿Las secretarias, los choferes, los otros doctores? Me dejaron sola con esta cocinera, no hay nadie más.

Y Carmen Prado recuerda ahora con un dejo de vergüenza cómo llegó a la clínica a operarse. El Mercedes Benz de la embajada danesa. Los anteojos negros gigantes para cubrirse la cara. ¿Jackie Onassis? Imelda Marcos más bien, maquillada y perfumada, con una muda de ropa en su bolso de viaje, como si fuese a una cita furtiva, a un encuentro con un amante clandestino al que tuviera que satisfacer por última vez. El segundo piso de una casa grande del lujoso barrio de Pacott, transformada a la fuerza en clínica privada, la de una discípula del doctor Pitanguy, la mejor, ¿la única?, clínica de cirugía estética de todo Haití; las secretarias con los labios pintados de rojo furioso; las fotos en la pared, Clinton con la Pantera, Jessie Jackson con la Pantera, Pelé con la Pantera, Aristide en distintas ceremonias con la Pantera; siempre con idéntica sonrisa, como si la hubiesen recortado de otra foto.

No es por plata, Rita. Tú sabes que no me importa la plata. Esto es carísimo, por lo demás, hay que pagar hasta por tomar aire, por salir a la calle, todo es privado, satelital en Haití. Me habría salido más barato operarme en Londres, o en Houston. Niels insistió en que lo hiciera en Dinamarca, donde todo le sale gratis.

No seas avaro, cabro huevón, le dije yo. No quiero viajar, no quiero que me operen unos extraños. Esta es mi casa, aquí todo el mundo me quiere. Yo soy de aquí, no quiero preocupar a nadie, y no quiero que nadie sepa nada en Chile, te mato si le cuentas a alguien. Es una sorpresa. Un

regalo de Pascua. Eso era lo que yo quería: llegar a Santiago a pasar la Navidad, pero regía.

«¿Qué pasó? ¿Qué te hiciste, Carmencha?» Nada. ¿Por qué dices eso? Estoy igual. ¿Por qué me miran así todos? Estoy igual, me bronceé un poco en la playa, parece.

Nada, una manito de gato, que en el fondo es una pantera, la Pantera que mostrando todos sus dientes palpó su piel buscando qué parte quitar.

«Linda piel», la alabó la Pantera, como llamó Carmen Prado a la doctora desde la primera vez que la vio. «Aquí sacamos un poco, aquí también. Lindos brazos, lindas manos, estás muy bien hecha tú, mi amor», seguía adulándola la doctora mientras disponía la huincha y dibujaba directamente sobre su vientre. La sensación de que todo iba a ser breve y rítmico, como un baile. Algo discreto, algo elegante. La elasticidad, los poros, la esponjosidad de la carne que fue probando con hambre, como si su paciente fuese también su cena, y también su amada.

Soy un monstruo, Rita, necesito que me quieran hasta cuando me abren la piel. Necesito que me sonrían incluso cuando me van a arrancar la mitad de la carne. No me odies, Rita, no me odies, linda. Me duele, me duele todo, no tengo aire, no tengo fuerzas, no le importo a nadie. ¿Dónde más querías que me operara? Son unos creídos los cubanos, no los soporto, y los gringos para qué decir, tú sabes el asco que me dan los gringos, gime sin palabras Carmen Prado. Yo vivo en Haití, mijita, Haití es donde vivo, es mi país; como su comida, respiro su aire, me baño en su mar con olor a sopa. La gente muere aquí cuando está decidido que muera. Yo estoy salvada, mijita, me quieren, me admiran, me salvan acá, yo estoy protegida como en ninguna parte, le explica sin voz a la Rita con todo el apuro del mundo.

Yo no soy racista como todos ustedes en Chile. Los negros son detallistas, la doctora que me atendió tiene un montón de títulos detrás de su escritorio. No tengo miedo a la muerte.

No le tengo miedo a la muerte.

No le tengo miedo a la muerte. Tengo miedo por ti, por tus hermanos, por mis hermanos, pero no por mí. Yo no existo, yo no importo. Está bien que me maten si quieren matarme los haitianos, está bien que me resuciten también, yo no peleo, yo no saco nada con ganar la pelea. Nada de la rotería del *lifting*, esos labios hinchados, esos senos parados de las que se operan en Miami, ¿cómo se te ocurre, Rita, que me voy a hacer eso? No me importa ser fea o bonita, esta es una manito de gato solamente. Es un dicho chileno, hacerse una «manito de gato», le avisa al caballero de la Orden de Malta que está encargado de anotar todas esas frases raras que ella dice.

«A ver, a ver. Annelisse, venga para acá», llamó la Pantera a su asistente para que la ayudara a medirla, a calcular los puntos, a decidir cuánta piel faltaba o sobraba. Se transparentaba la mala voluntad de la adolescente, que sin embargo acariciaba su piel con una suavidad experta que hacía años, siglos, que no sentía. Un cosquilleo, unas sonrisas, como si se tratara de las pruebas para un vestido de noche, como se hacía cuando ella era una debutante de quince años en la embajada de Turquía. Empaquetada como un regalo, la debutante, llena de pliegues peligrosos que la hacían ver siempre más gorda, más torpe aun de lo que era a los quince años, tras esas largas sesiones para medir la caída de la tela, la concentración, el trabajo duro de la costurera sobre su cuerpo convertido en materia de estudio. No pierdan su tiempo, niñas, no hay caso, hagan lo que hagan las costureras siempre parezco un paquete de bombones. Estoy mal hecha, no tengo cuello, me falta pescuezo, como decía siempre mi mamá.

Pura coquetería si tú quieres, Rita. Nostalgia imbécil, todo por no decir que no, por no molestar a nadie, eso, el último traje que podía probarse, su última tenida de noche para las recepciones diplomáticas; porque a eso volvía, a ser lo que fue o lo que siempre debió ser, *madame l'amba-*

ssadeur. Lo único que no busqué ser, Rita, tú eres testigo de eso. Huí lejos de todo protocolo, de todo honor, de todas las banderas, y volví de puro huir a esta casa en Haití que es más grande que todas las casas donde he vivido juntas, con tanto sirviente que hay que administrar y la gente que hay que recibir, entreteniéndolo a los invitados sin ser chocante, explicando que soy chilena pero que represento a Dinamarca, que he vivido un poco en todas partes para terminar en esta isla llena de congregaciones, de predicadores, de documentalistas borrachos y de aventureros de los países más raros, con su extrema pobreza y su aún más extrema riqueza, con toda esta gente que se esconde donde nadie la va a venir a buscar.

No quiero ser joven, tú sabes eso, Rita. Cumplo sesenta y cuatro en abril, lo digo cada vez que puedo. No quiero ser joven, quiero ser una vieja decente nomás, no quiero ser una molestia para nadie, no quiero deberle nada a nadie. Por eso me operé, no para ser más joven, sino para ser más vieja, más señora, más impecable. ¿Tú no conociste a mis tías las Aguirre? Yo debería ser como ellas: una vieja que recibe en su departamento, en Carmen Sylva con Luis Thayer Ojeda, esas calles de Santiago llenas de árboles y de enfermas que son empujadas en sillas de ruedas. La Providencia de siempre, ahí debería vivir yo, y ser respetable, alguien a quien sus nietos respeten, a quien los señores no molesten, con té y pasteles con azúcar flor, libros, películas, amigos y parientes tan viejos y bien educados como una.

Decente, decente, esa es la palabra; una señora bien, una vieja chilena, no una bruja, no una loca perdida en la selva, no una bruja con los pelos naranjos, no una gitana grasosa, no una mendiga llena de bolsos a la que dejan morir en un basural con todos sus gatos alrededor. ¿Sabes lo que es ducharse con los ojos cerrados, Rita? ¿Sabes lo que es apretar los párpados adivinando dónde terminan los pechos, dónde comienza la guata, que enjabonas por si acaso, esa hernia que no duele? No sabes lo que es eso, no te lo puedes imaginar siquiera. Años y años de ese ritual en la mañana, lo más tarde posible, viviendo en camisa de

dormir hasta que ya no se puede, viene el almuerzo, el embajador, los invitados, la gente en el piso de abajo que le exige vestirse, peinarse, ajustar las partes, disminuir el daño, sacarse la ropa que sujeta su carne, quedar desnuda delante del espejo que la ducha por suerte empaña, para no ver más que una mancha rosada que pasa por el vidrio. Una explosión de puro rosado, abstracto como un cuadro o como un manglar, yo no soy esa, no soy ni siquiera la versión gorda de mí misma sino una mezcla de plantas y rocas carnívoras en que escucho mi voz, en que veo mis ojos moviéndose desesperados en busca de una salida.

No es mi cuerpo eso, Rita; son restos, sobras, ovarios, trompas, útero, tetas, lianas, manchas, bulbos de células viajando de aeropuerto en aeropuerto, con ustedes colgando de todas partes también, sudando, enredándolo todo con los poderes notariales, los pasaportes, los sellos, quedándome pegada en la tienda del Duty Free donde no puedo probarme nada, porque nada está en su lugar, porque en Estados Unidos hacen ropa para gordas, flacas, enanas, gigantes, pero no para laberintos, no para roperos arbolados. Como siamesas sin cabeza esos ríos de venas de mi primer embarazo, la Carmen Luz, cuando todos me prometieron que los tejidos se restablecerían sin problemas, que era joven, que era linda, que era limpia. Ese mapa de desgracias que acepté como si mi cuerpo ya no fuera mío, como si fuese un extraño préstamo, las cicatrices, la piel de naranja, los diez meses que se demoró Ricardo en nacer, los puntos de sutura después del parto, la hemorragia, las estrellas azules, todo lo que dejaron ustedes en mi guata por si acaso volvían, las firmas de su obra de arte, mi cuerpo lleno de gente, un friso para arqueólogos, un pergamino de sus vidas antes de nacer, la gesta de su engendramiento, todo lo que se quedó pegado allí es lo que quería sacarme ahora.

Ahora que estoy sola, ahora que no hay nadie para verme en Haití, donde ni siquiera tengo que ser chilena, donde puedo ser nadie, menos que nadie, una señora que habla español, venezolana, colombiana, paraguaya, un árbol

que se arranca la corteza, una estatua de bronce fundido que rompe por todos lados el molde donde la vacían; escondida de ustedes me quito sus signos de encima, me limpio de sus restos, me libero de sus rasguños, me entrego a la multitud que levanta sus brazos para tener un poco más de mí también. Todos estos bultos, patadas, órganos, ese peso muerto, las cicatrices y venas por todas partes, todo lo que dejaron ustedes, todo lo que chuparon, hijos de puta malagradecidos, lo regalo a los haitianos que no tienen nada. Me hincho, rosada como una guagua, azucarada, mi cuerpo convertido en un esponjoso bizcocho de cumpleaños que devoran los niños de Puerto Príncipe a manos llenas. La crema, el coñac que esparcen sobre sus caras alegremente, como una pasta anaranjada y dulce, camiones y camiones de mi carne convertida en masa que reparten en la plaza de Petionville para que los niños felices llenen sus platos, bandejas, baldes.

Cómanme a mí nomás, no se preocupen. Soy rica, llevo toda la vida comiendo cosas ricas yo, me alimenté especialmente para ustedes con canapés de langosta, en interminables comidas y cenas por todo el mundo, llévense más, no sean tímidos, niños, coman, traigan a los parientes, los amigos, todos los que quieran, coman y beban todos de mí porque soy la sangre de su sangre, carne de su carne de la alianza nueva y eterna que será derramada por ustedes por los siglos de los siglos, amén, amén y amén.

Es uno de los sueños más viejos que ha tenido en Haití: regalarse por entero a los niños pobres de la isla, sin huesos, sin cara, ser todo lo que necesitan, acabar de una sola vez con el hambre en Haití. Y de pronto, sin saber por qué, la sonrisa de su hijo Ricardo la encandila por completo en el centro de la cama.

«Imagínate a todos los pobres que no tienen qué comer, y tú no te comes el tomate.»

«¿Y si mejor les doy a los pobres el tomate, mamá? Yo se

los guardo, yo se los voy a dejar a la casa si quieres.»

La impecable lógica de su adorable hijo.

No es tan simple, Ricardo, no es tan simple, se obligaba a decirle, cuando tampoco era tan complicado, después de todo. ¿Terminar con el hambre en el mundo? ¿Hacer la revolución? ¿Transformar la economía mundial? ¿No sería mucho más simple si todos los niños mañosos del planeta fueran a dejarles los tomates que no se quieren comer a los niños hambrientos?

Ricardo estrellado, luz de mi vida, los dedos abiertos en el jardín, el dolor de no haberlo preparado para dudar de nada, de haberlo hecho para ella y solo para ella, como un regalo permanente. El niño a medio hacer que pensaba que así se solucionarían todos los problemas, con su simple sonrisa que lo desarmaba todo, a la que nada ni nadie se resistía. A la que todo se resistió sin embargo al final, pobre niño mío, contra toda lógica, contra toda espera, un hombre él también. Te quiero, Ricardo, te quiero tanto, y esas caricias con la voz que no tiene le rebotan a ella misma, gran ballena varada en la playa a la que los niños del pueblo lanzan baldes de agua para que no se seque, para que no se muera antes de que sus papás los pescadores la remolquen mar adentro.

Elodie la calma llevándole a la boca un vaso de agua, que se acaba en dos segundos y medio.

Agradece con la cabeza antes de retroceder saciada hacia las sábanas. Siente por primera vez sus huesos, el tironeo de la piel, la herida que le hicieron en todo el flanco derecho estos animales salvajes que la mordieron entera anoche.

—No se preocupe, señora, no se preocupe, es normal la fiebre, ya va a pasar —le miente feliz Elodie, le acaricia la frente, la protege al fin.

—¿Todo bien, Karmenzita? —Se vuelve el diplomático hacia su esposa—. Yo vuelvo en la noche... Mucho trabajo en la embajada, mucho jaleo. —Cree estar diciendo algo muy chileno cuando no hace más que acentuar el tono peninsularmente hispánico que aprendió en la academia de